

# LA ALQUIMIA EN EL SIGLO XIX

(*Alchemy in the Nineteenth Century*, Oct., Nov., Dec., 1889)

## H. P. Blavatsky

El lenguaje que emplearon los antiguos químicos, es decir, los alquimistas, era simbólico, como lo ha sido siempre el de todas las religiones.

En *La Doctrina Secreta* se ha dicho que todo lo existente en el mundo de los efectos tiene tres atributos, o sea una triple síntesis de los siete principios: esto resultará quizás más claro, diciendo que todo cuanto existe en el mundo está construido sobre tres principios y cuatro aspectos, exactamente como se ha explicado en el caso del hombre.

Así como el hombre es una unidad compuesta de un cuerpo, un alma racional y un Espíritu Inmortal, así cada objeto en la Naturaleza tiene una forma objetiva, un alma vital y una Chispa Divina, puramente espiritual y subjetiva.

La primera parte de esta proposición tripartita no puede negarse; la segunda se sostiene por sí misma después de que observemos y admitamos que los metales, ciertas plantas y algunas drogas poseen poderes, inherentes a ellos, capaces de producir efectos determinados en los organismos dotados de vida, como lo demuestra la práctica diaria de la ciencia oficial. En cuanto a la tercera, o sea, la referente a la presencia de una quintaesencia absoluta en cada átomo, el *Anima Mundi*, sólo es negada por el materialismo más ciego.

Esta actitud agnóstica promete grandes rectificaciones: por nuestra parte dejamos que el tiempo obre sobre los que con ella comulgan, puesto que de la discusión jamás verán estos ciegos derivar luz alguna.

Del mismo modo que son tres los constituyentes de todos los objetos naturales, así también en toda ciencia entran tres proposiciones fundamentales, siquiera el uso haga que no se mencione más que una.

Antes existía la Alquimia como una ciencia, en la que la quintaesencia actuaba a la vez en todos los planos de la Naturaleza y en todas sus correlaciones, como ya tenemos repetidamente señalado.

Cuando aparece en la Tierra un hombre dotado de una inteligencia superior, permite que este supremo e ilimitado Poder aprenda en él sus primeras lecciones. Todo cuanto ve, todo cuanto percibe, puede imitarlo. Pero cuando trata de reproducir alguno de estos efectos por un esfuerzo de su voluntad, se ve obligado a desarrollar en sí mismo una cierta facultad o poder, latente en la constitución humana, llamada Kriyâshakti en la fraseología oculta.

Es ésta una facultad creadora, y es así simplemente porque no es más que el agente en un plano objetivo del primer Principio Creador. Es algo así como un radiante conductor que da una dirección definida y concreta a la creadora quintaesencia en su descenso a los planos inferiores, pero no debe olvidarse que el intelecto humano, considerado como canal por donde se vierte esta enorme radiación, está constituido con arreglo a un plan predeterminado.

De este conocimiento fundamental nacieron la Alquimia, la Magia magnética y las demás ramas de la Ciencia Oculta.

Cuando mediante el transcurso del tiempo fueron saturándose los pueblos de egoísmo y vanidad, llegando a considerarse superiores intrínsecamente a cuanto les rodeaba y a cuanto les precedió; cuando el desarrollo del Kriyâshakti se hizo difícil y la divina facultad desapareció de la Tierra, fueron olvidando poco a poco la sabiduría de sus antepasados. Entonces fue negada hasta la existencia del hombre antediluviano y con ella huyó el espíritu y el alma contenida en la más antigua de todas las ciencias. De los tres grandes atributos de la Naturaleza se ha aceptado solamente uno, la materia, y aun así, en su más ilusorio aspecto, por más que la existencia de una materia real o *sustancia* se presienta bajo sus conclusiones, y verdaderamente, al hablar así, tienen razón los materialistas, por más que sea muy vaga la concepción que de ella tienen.

De este aspecto particular nació la química.

El cambio es el constante efecto de la evolución cíclica. El círculo perfecto es Uno, un triángulo, un cuaternario y un quinario. El principio creador, emanado de la raíz sin raíz de existencia absoluta, sin fin posible y cuyo símbolo es la serpiente, o *perpetuum mobile*, mordiéndose la cola, no puede ser bien aprehendido, así como el ázoe de los alquimistas medioevales. El círculo se convierte en un triángulo, compenetrándose ambos mutuamente, como Minerva salió de la cabeza de Júpiter. Este círculo simboliza el Absoluto; la línea recta descendente de la derecha representa la síntesis metafísica, y la de la izquierda la física. Cuando la madre Naturaleza crea su cuerpo, estas dos líneas se unen en su base, representando el despertar de la Actividad Cósmica. Hasta este momento Purusha, el Espíritu, está separado de Prakriti, la sustancia material latente. Existe solamente en estado de potencialidad y aún no ha sonado la hora de que se convierta en las formas objetivas del mundo sublunar. Purusha no puede aún construir formas con esta materia, puesto que no está limitada y es menester para ello que el triángulo se cierre, que se limite la microscópica estrella. Una vez alcanzado este estado puede el pensamiento remontarse al momento en que el Ternario deviene Cuaternario; al instante en que se forma la cruz. Esta cruz se divide en cuatro partes llamadas Taro, Ator, Rota y Tora. Esta es la tierra virgen, la tierra de Adán, el Espíritu Santo de los antiguos alquimistas y de los Rosa-Cruces, de lo que los kabalistas hacen (según la nomenclatura moderna)  $\text{Na}_2\text{CO}_3$ , Carbonato de Sodio, y  $\text{C}_2\text{H}_6\text{O}$ , o sea Alcohol.

¡Ah, pobre Estrella Matutina, pobre Alquimia! Todo cuanto existe tiende a transformarse, y por ende a desaparecer; la eternidad de las cosas es una vana quimera. Los mundos cambian constantemente, y las palabras se desfiguran apenas salen de los labios;

sólo la Idea perdura. La piel de zapa con que se reviste la Naturaleza para engañar a los necios, como en el cuento de Perrault, será la eterna verdad para los que no aprendan a distinguir lo verdadero de lo falso; el discípulo de los antiguos filósofos aprende a encontrar lo verdadero, bajo las sutiles apariencias que lo encubren y sabe que la materia es menos aun que el vestido con que se oculta la Naturaleza, la cual sólo se muestra a quien sabe sacrificar la forma en aras del conocimiento superior. Esto es lo que salvó al príncipe encantador e hizo su matrimonio con la Verdad.

Pues bien, las modernas investigaciones apenas han hecho otra cosa sino otear el vestido de la Naturaleza creyendo que en él está la verdadera Ciencia. Se consuelan en su ignorancia, imaginando que con poner nuevos nombres a las cosas viejas, explican su esencia o han realizado verdaderos descubrimientos. Según ellos, la nigromancia de Moisés no es más que Espiritismo; la Ciencia de los iniciados en los antiguos templos es, si acaso, el magnetismo de los gimnósofos indos; el mesmerismo de Esculapio, el Salvador, queda reducido a hipnotismo o Magia negra, para denominarle con su verdadero nombre.

Para los materialistas modernos, la Alquimia, con su cortejo de transmutación de los metales en plata y oro, no fue más que hábil charlatanismo. Los fundamentos son, según ellos, una superstición y no una ciencia, y todos cuantos creían o decían creer en ella eran engañados o impostores. Llenas están las enciclopedias de toda clase de epítetos acumulados sobre los alquimistas y ocultistas.

Sin embargo, los miembros de la Academia Francesa están hoy día más imposibilitados que nunca para allegar una prueba inconcusa que destruya la posibilidad de la transmutación de los metales, puesto que han reconocido la existencia de una base metálica en los álcalis. Existen algunos científicos que no desesperan de poder llegar a reducir los elementos a su estado primitivo (véase, por ejemplo, Mr. Crookes y sus meta-elementos) y de éstos nadie se atreve a decir que son imbéciles engañados. Se admite generalmente la teoría ígnea en la formación de la Tierra, es decir, una masa homogénea primitiva de la que se derivaron los diferentes estados de materia, y no se quiere conceder que sea posible volver, mediante transmutaciones sucesivas, cualquier elemento a su estado original. Entiéndase que hablamos en el terreno de las posibilidades, pues la cuestión es tan ardua que resolverla sería hallar la clave de los procedimientos naturales. Por otra parte los químicos, y entre ellos Mr. Crookes, han probado suficientemente que la relación que existe entre los metales no es solamente la que proviene de si, origen común, sino de generación idéntica.

Por lo tanto, no eran tan locos los alquimistas que buscaban un estado superior o sublimado en las cosas; y así se prueba (a quien sepa leer) en *La Síntesis*, de M. Berthold, uno de los químicos más profundamente versados en la materia.

M. Chevreul, el venerable sabio que ha llegado a una edad tan avanzada en la plena posesión de sus facultades mentales, podría quizá decir mucho acerca de la utilidad práctica de los trabajos alquímicos a los estudiantes jóvenes que encuentran este camino tan difícil de seguir. No se alcanza una longevidad tan llena de luz y una instrucción tan grande como la de este hombre, practicando *farsas ridículas* desprovistas de toda formalidad científica.

El hecho es que el gran sabio, el padre de la química moderna, encontró y legó a la posteridad los numerosos trabajos que sobre la *ciencia falsa* existían en el Museo, lo cual nos demuestra la estima en que los tenía. Entre sus papeles se han encontrado grandes ensueños alquímicos que este hombre de ciencia se complacía en consignar.

Pero es menester tener siempre presente que los libros herméticos tienen una clave, lo cual explica la jerigonza en que están escritos; la sabiduría que contienen no está al alcance del primero que negligentemente los hojee.

Toda ciencia, repetimos, tiene tres aspectos; en todo cuanto vemos y comprendemos, podemos apreciar lo objetivo y lo subjetivo. Si lo primero, tendremos la gran serie de las transmutaciones alquímicas, con o sin el polvo de proyección; si lo segundo, se nos ofrecerán todas las especulaciones concernientes a la naturaleza de la mente. El tercero es un medio superior y espiritual. En *La Doctrina Secreta* hemos tratado de probar que toda la simbología tiene siete interpretaciones diferentes (correspondiendo los símbolos empleados a todas ellas) siendo tres las que aclaran los reinos de lo físico, lo psíquico y lo Espiritual, por lo cual sólo los grandes iniciados son capaces de descifrar correctamente el lenguaje laberíntico en que están escritas las obras de los filósofos herméticos; aun así hay mucho más de falso que de verdadero en las obras de los discípulos de Hermes.

Los medios que ellos emplean no pueden aplicarse para resolver los problemas de la Alquimia práctica, si al mismo tiempo no se emplea el factor psicológico que ellos ponían en práctica. Kenneth Mackenzie expresa esto mismo cuando habla de las sociedades herméticas: “Para el alquimista práctico todo está comprendido en la producción de oro según las reglas peculiares de su Arte, siendo de importancia secundarla la evolución de la filosofía mística que, por otra parte, refiere a un sistema completo de teosofía; pero el sabio que ha alcanzado un plano superior de contemplación metafísica, desdeña sus estudios porque encontró allí la completa realización de sus aspiraciones” (*Royal Masonic Cyclopaedia*).

Sin embargo, es evidente que la simbología dada como guía para alcanzar la transmutación de los metales, constituye el núcleo de lo que llamamos Química. No es posible ya considerar como impostores a hombres de la talla mental de Paracelso, Van Helmont, Roger Bacon, Boerhaave y tantos otros.

Los académicos franceses se han burlado tanto de la Kábala como de los alquimistas (pero al mismo tiempo aprovechándose de los descubrimientos que realizaron) que *sub rosa* perseguían los secretos de la ciencia oriental. De hecho, la sabiduría oriental no brilló jamás en el Oeste; se la llamó siempre Magia. Sin embargo, cuantos alquimistas llegaron a comprender algo de su Arte, bebieron directamente en las fuentes del Este. Algunos pretenden que este movimiento ocultista no fue sino la última evolución de la Magia caldea, pero la Alquimia se remonta en su origen mucho más atrás en el tiempo. Olaus Borrichius, una autoridad en la materia, dice que es anterior a Egipto.

¿Qué época puede atribuirse al origen de la Alquimia? Ningún escritor moderno puede decirlo con exactitud. Unos hacen de Adán el primer Adepto, otros hacen del

momento del pasaje: “los hijos de Dios, viendo que las hijas de los hombres eran hermosas, las tomaron por mujeres”, el nacimiento del Arte. Moisés y Salomón fueron los últimos Adeptos de esta Ciencia, en la que se vieron precedidos por Abraham, el cual, a su vez, fue iniciado por Hermes. Avicena dice que la Tabla Esmeraldina (única indiscreción conocida en Alquimia) fue encontrada en el sarcófago de Hermes, el cual había sido enterrado en Hebrón por Sarah, mujer de Abraham. Sin embargo, Hermes no es el nombre de un hombre, sino un título genérico como los que después tuvieron los neo-platónicos y hoy el teósofo.

Porque en resumen, ¿qué se conoce de Hermes Trimegisto o el Tres veces grande? Aproximadamente lo que se sabe de Abraham, de su mujer Sarah y de su concubina Agar, que San Pablo declara ser una alegoría. En tiempos de Platón, Hermes estaba identificado con Thot entre los egipcios, pero la palabra Thot no significa solamente *inteligencia*, sino también *asamblea* o escuela. Realmente Thot Hermes no es más que la personificación de la voz de la clase sacerdotal egipcia, es decir, la palabra del Gran Hierofante. Aun cuando sepamos que este estado de cosas es posterior al tiempo en que la gran raza sacerdotal florecía en tierra de Chemi, no habremos adelantado gran cosa en la resolución del problema. La antigua China, aunque no en tan gran escala como Egipto, tiene la reputación de ser la patria de la Alquimia trascendental, y probablemente así es. Un misionero residente en Pekín, William A. P. Martin, la llama la *cuna de la Alquimia*. Cuna es, quizás demasiado; pero ciertamente el Celeste Imperio puede considerarse como una de las naciones en que las antiguas escuelas de la Ciencia Oculta tuvieron su asiento. En cierta ocasión la Alquimia penetró en Europa desde China, según probaremos.

Otro piadoso misionero, Hood, asegura solemnemente que la Alquimia nació en el jardín “que estuvo en el Edén, situado en Oriente”. Según él, es la producción de Satán, quien tentó a Eva, bajo la forma de una serpiente, pero el hombre olvidó seguir sus consejos y se quedó sólo con el final del nombre de la ciencia. Serpiente, en hebreo, es *Nahah* (plural *Nahashim*) siendo, pues, de la sílaba *shim* de la que se derivó el nombre de la Alquimia y de la química. Pero pasemos a las pruebas ofrecidas.

Las más notables personalidades en los estudios acerca de las ciencias arcaicas, y entre ellas William Godwin, han llegado a la evidencia de que la Alquimia se cultivaba en casi todas las naciones de la antigüedad mucho tiempo antes de nuestra Era, siendo los griegos los últimos que, al aparecer el cristianismo, empezaron a estudiarla, haciéndola célebre mucho tiempo después. Esto en cuanto a su estudio en general, pues los Adeptos de los templos de la Magna Grecia la conocían desde el tiempo de los Argonautas. El origen europeo de la Alquimia es, pues, de esta época, como se desprende de la alegoría del Vello de Oro.

Suidas habla en su *Lexicón* de la expedición de Jasón y los Argonautas para conquistar el Δερασ (Deras) o Vello de Oro, partiendo hacia el Mar Negro con la ayuda de Medea, hermana de Eetes de Ea. Pero en vez de apoderarse de aquello que los poetas dicen, se posesionaron de un tratado escrito sobre una piel, demati, *donde* se explicaba la manera de hacer oro, valiéndose de procedimientos químicos. Los contemporáneos llamaron a esta piel el Vello de Oro, probablemente a causa del gran valor que para ellos tenían las instrucciones allí escritas.

Esta explicación es mucho más sencilla y más probable, sobre todo, que las elucubraciones de los mitólogos modernos<sup>1</sup>, y siendo así, la Cólquida de los griegos será la moderna Meretia en el Mar Negro; el Rion, el río que corre por esta región, el Phasis antiguo, en el que aún hoy se encuentran yacimientos auríferos y, por último, corrobora esta orientación el hecho de que las tradiciones y leyendas de los pueblos aborígenes, mingrelianos, abhacianos y meretianos, están llenas de reminiscencias y recuerdos del famoso Vellochino. Sus antecesores decían que poseían el Arte transmutatorio que hoy llamamos Alquimia, y se daban a sí mismos el nombre de *hacedores de oro*.

Cierto es que los griegos ignoraron las ciencias herméticas hasta la época de los neoplatónicos (entre los siglos IV y V), con la sola y natural excepción de los Iniciados, pues la verdadera Alquimia del antiguo Egipto no fue jamás divulgada sino más tarde y en sus líneas más generales. Hacia el siglo III nos encontramos con el famoso edicto del emperador Diocleciano mandando buscar en Egipto cuantos libros e inscripciones tratasen de la fabricación de oro, a fin de hacer de ellos un auto de fe público. W. Godwin nos dice que después de la publicación de este decreto y durante dos siglos, no se encontró ni se oyó hablar de trabajos alquímicos en el antiguo reino de los faraones. Añade también que la mayor parte de estas obras habían sido enterradas con las momias diez veces milenarias. El verdadero secreto de estos libros no podía ser descubierto, así como el del Vellochino de Oro, por un rebuscador superficial en las tradiciones faraónicas. Pero la Sabiduría Secreta, encubierta bajo las alegorías de los papiros, no llegó a Europa con las ciencias herméticas. La Historia nos dice que la Alquimia se estudiaba en China más de dieciséis siglos antes de la Era cristiana, y que florecía en sus primeras centurias. Y fue hacia el final del siglo IV, cuando China abrió sus puertas al comercio de la raza latina, el momento en que la Alquimia penetró en Europa; Alejandría y Bizancio, los dos centros principales de este comercio, estaban poco tiempo después llenas de obras de transmutación.

Comparemos ahora el sistema chino con la llamada ciencia hermética:

I. El doble objeto que persiguen ambas escuelas es idéntico: hacer oro, prolongar la vida humana y rejuvenecer por medio del *menstruum universale*, y de la *lapis philosophorum*. El tercer objeto de la ciencia, o sea el medio real de verificar la transmutación, ha sido despreciado por los Adeptos cristianos; su creencia en la inmortalidad del Alma, puramente ortodoxa, hizo que jamás tocasen esta cuestión. Parte por negligencia, parte por costumbre, hicieron del *semmum bonnum* el todo en las naciones cristianas. Sin embargo, éste es el último fin que persigue el alquimista oriental. Todos los Adeptos iniciados desprecian el oro y tienen una profunda indiferencia por la vida, que consideran como muy pequeña para hacerla objeto primordial de sus desvelos.

---

<sup>1</sup> M. de Gubernatis (*Mythol. Zool.*, 1427) encuentra que porque “el carnero se llama en sánscrito *mesha* o *meha*”, el Vellochino de Oro de los griegos no viene a ser más que “el vapor que... se levanta de la superficie de las aguas”, y Mr. Schwartz compara la piel de un carnero con una noche tempestuosa y dice ser parecido el balido de este animal al chasquido eléctrico entre las nubes. Los vapores y las nubes están indudablemente en la cabeza del autor, y lo peor es que autores como M. P. Decharme (*Mytologie de la Grèce antique*) comparten semejantes opiniones. (H.P.B.)

II. Ambas escuelas reconocen la existencia de dos elixires: el mayor y el menor. El uso del segundo en el plano físico transmuta los metales y rejuvenece. El gran elixir, que no es tal elixir sino simbólicamente, confiere la completa posesión de todo cuanto existe: la inmortal unión del Espíritu y la conciencia, el Nirvana como consecuencia de una precedente evolución, o Paranirvana o Absoluta Unión con la Esencia Única.

III. Los principios básicos de ambos sistemas son también idénticos: unir en un germen reproductor la naturaleza de los metales y sus emanaciones. La letra *tsing* del alfabeto chino (germen) y *t'ai* (matriz), constituyen el fundamento general del vocabulario alquimista chino, el cual es la raíz de muchas palabras de uso frecuente entre los tratadistas herméticos.

IV. El mercurio, el plomo y el azufre se usan lo mismo en Oriente que en Occidente, añadiéndoles diversas materias que ambas escuelas aceptan bajo un triple significado, pudiéndose asegurar que el último o tercero no ha sido comprendido nunca por los alquimistas europeos.

V. Los alquimistas de ambos países aceptan conjuntamente la teoría de un ciclo transmutatorio, durante el cual los metales preciosos pasan a los elementos básicos.

VI. Las dos escuelas de Alquimia mantienen estrechas relaciones con la Astrología y la Magia.

VII. Finalmente, ambas usan una fraseología fantástica. El autor de *Studies of Alchemy in China*<sup>2</sup> demuestra que el lenguaje de los alquimistas occidentales imita perfectamente la jerigonza metafórica de los chinos, hecho que concurre a probar que el origen de la Alquimia europea hay que buscarlo en Oriente.

Sería conveniente que el lector no se dejara llevar del prejuicio que podría atraer el empleo de la palabra Magia, puesto que hemos dicho que la Alquimia tiene relación con ella y con la Astrología. Magia es un antiguo término persa que significa *conocimiento*, y abraza cuanto se refiere a todas las ciencias, tanto físicas como metafísicas, que se estudiaban en aquel tiempo. La sabia casta sacerdotal de los caldeos cultivó la Magia, de donde andando el tiempo vino el magismo y el gnosticismo. Abraham no fue considerado un *caldeo*. Y José no era un piadoso judío que hablase del patriarca de su raza en Egipto, sino de matemáticas o ciencias esotéricas, incluyendo la *Ciencia de las Estrellas*, es decir, un profesor de magismo y, por lo tanto, un astrólogo.

Pero sería cometer un gran error confundir la Alquimia de la Edad Media con la de los tiempos antediluvianos. Aquélla, como ésta, obraba mediante tres agentes principales: la piedra filosofal para la transmutación de los metales; el *alkahest* o disolvente universal y el *elixir vitae* que tenía la propiedad de prolongar indefinidamente la vida humana. Ningún verdadero filósofo o iniciado se ocupó jamás de este último. Los tres agentes forman la Trinidad *una e indivisible*, que únicamente cabe diferenciar desde el egotismo humano. La casta sacerdotal, al hacerse mala y ambiciosa, antropomorfizó el Uno y lo dividió en tres

---

<sup>2</sup> *Studies of Alchemy in China*, por A.P. Martin, de Pekín.

personas, como el falso místico separa la Fuerza Divina del Kriyasaka universal para convertirlo en tres agentes distintos.

Bautista Porta dice claramente en su *Magie Naturelle*: “Yo no os prometo montes de oro, ni la piedra filosofal, ni el divino licor que hace inmortal al hombre... todo eso es ilusión; cuanto existe en el mundo está sujeto al cambio, y todo lo que ha nacido ha de ser aniquilado”.

Geber, el alquimista árabe, es aun más explícito. Escribió las palabras que siguen con un espíritu verdaderamente profético: “Si te he ocultado algo, tú, hijo de la ciencia, no te sorprendas, pues no lo he ocultado precisamente por ti, sino que he empleado el lenguaje que oculta la verdad a cualquiera, para que los hombres que son injustos e innobles no la comprendan. Pero tú, hijo de la Verdad, busca y encontrarás el más preciso de todos los dones. Vosotros, hijos del placer, de la impiedad y de las obras profanas, cesad en vuestro afán de penetrar los secretos de esta ciencia; pues ellos os destruirán y os precipitarán en la mayor miseria”.

Vemos, pues, que otros escritores son de la misma opinión en la materia. Pensaron que la Alquimia no era, en suma, más que una filosofía o metafísica basada en las ciencias físicas (en lo que están equivocados) y declaraban consiguientemente que la transmutación de los metales era una alegoría o forma de expresión de la transformación humana, la cual va poco a poco haciendo desaparecer cuantas enfermedades y causas de dolor existen en el cuerpo, conforme el hombre se va acercando a Dios<sup>3</sup>.

Esto en cuanto a la síntesis de la Alquimia trascendental y a su principal objeto; pero no es esto todo. Aristóteles señaló algo cuando dijo en Alejandría que “la piedra filosofal no es solamente una piedra; cada hombre la posee en sí mismo y en todo tiempo ha sido llamada el Alma por los filósofos”.

En la primera de estas afirmaciones Aristóteles se equivocó; no así en la segunda. En el plano físico el secreto del alkahest produce una sustancia que ha recibido el nombre de piedra filosofal; pero tal como es este oro, como dice el Profesor Wilder, no es otra cosa que el *allgeist*, el espíritu divino que disuelve la materia más dura... El *elixir vitae* es, según el P. Godwin, el agua de vida, “la medicina universal que tiene el poder de rejuvenecer al hombre y prolongar indefinidamente su existencia”.

El Dr. Kopp, alemán, publicó una *Historia de la Química* hace cuarenta años. Cuando habla de la Alquimia, que reconoce ser el origen de la química moderna, el doctor alemán nos da una explicación casi pitagórica y platónica del contenido de la ciencia: “Si – dice– sustituimos la palabra Mundo por el Microcosmos representado por el hombre, la dificultad más grave desaparece en la interpretación de las obras de Alquimia”.

Ireneo Filaleteo declara que “la piedra filosofal representa el Gran Universo (Macrocosmos) y encierra todos los poderes del gran sistema, intensificados en ella. Su poder magnético está en correlación perfecta con el del Universo. Es la virtud celestial del

---

<sup>3</sup> *Hermetic Philosophy*, por A. Wilder.



pensamiento creador, pero reducida a su más mínima expresión, a fin de que pueda tener cabida en el hombre”.

Alipile dice en una de sus obras:

“Cuando conocemos el Microcosmos no podemos ignorar por mucho tiempo el Macrocosmos.” Esta verdad fue expresada por los egipcios, aquellos celosos investigadores de la Naturaleza, con la célebre sentencia: *Hombre, concóctete a ti mismo*. Pero sus discípulos, cuyos poderes de apreciación eran menores, cambiaron las palabras en una alegoría, y en su ignorancia la hicieron grabar en sus templos. Pero yo os digo que si deseáis buscar en los secretos de la Naturaleza, averiguad lo que hay en el fondo de vosotros mismos; lo podéis hacer. Si queréis figurar en primera fila entre los estudiantes de la Naturaleza, investigad constantemente lo que existe en vosotros.

Siguiendo el ejemplo de los egipcios, corroborado por mi experiencia personal, repito sus palabras y os digo con el alma: ¡Oh, Hombre, concóctete a ti mismo, porque el tesoro de los tesoros está en ti!”.

Ireneo Filaleteo, el cosmopolita autor hermético, escribía en 1659 acerca de los que pretendían lograr el conocimiento de esta filosofía: “Algunos principiantes creen que se trata de una materia fácil de asimilar, otros se preocupan por ello con exceso; pero mirando muy alto, ambicionando los tres objetos ofrecidos por la Alquimia, caminaremos con enorme velocidad y alcanzaremos el más alto...”

Y, realmente, a esto aspiran los alquimistas. Viviendo en una época en la que las divergencias religiosas estaban tan acentuadas, en la que por una simple sospecha se acusaba de herejía y se proscribía a las gentes; cuando caía sobre esta Ciencia el estigma de la hechicería, el hombre que la cultivaba –dice el Profesor A. Wilder– se colocaba fuera de la ley. e inventaba, por consiguiente, un lenguaje simbólico que únicamente podía ser comprendido por sus correligionarios, puesto que su sangre era el precio de su indiscreción.

El autor referido hace recordar la alegoría en la que Krishna ordena a su madre adoptiva que mire fijamente a su propia boca: ésta lo hizo así como se le mandaba, y vio con asombro el Universo entero. Esto concuerda exactamente con la enseñanza kabalística, la cual sostiene que el Microcosmos es únicamente la reflexión del Macrocosmos (es decir, casi su fotografía o su copia), o como dice Cornelio Agripa, el más conocido de todos los alquimistas:

“Es una cosa creada que une los Cielos y la Tierra. Es un compuesto de los reinos animal, vegetal y mineral. Es el fundamento esencial, conocido de muy pocos, los cuales le han llamado por su nombre verdadero que no es ningún nombre; El está enterrado bajo los números, los signos, los enigmas sin cuento que ha de descifrar el alquimista o el mago antes de alcanzar la perfección”.

Esta alusión se hace transparente cuando se lee cierto pasaje del *Enquiridión* de los Alquimistas (1672):

Ahora, quiero hacerte comprender la naturaleza esencial de la piedra filosofal, encubierta bajo un triple velo; piedra que descubre todos los secretos, maravilla en la Naturaleza que a muy pocos es dado conocer. observa bien lo que te comunico y acuérdate de que se encubre bajo un triple nombre: el Cuerpo, el Alma y el Espíritu.

En otras palabras, esta piedra contiene: el secreto de la transmutación de los metales, el elixir de larga vida y de *inmortalidad consciente*.

Este último secreto es el que los antiguos filósofos pretendían descifrar, y en cuya busca corrieron los tiempos sin que pueda afirmarse que se hayan descubierto más que los dos primeros. Este es la *Palabra*, el *Nombre Inefable*, del que Moisés dice que no es necesario para ver a, distancia, “porque la Palabra no es para ti; ella está en vuestra boca y en vuestra cabeza”.

Filaleteo, el alquimista inglés, dice lo mismo con distintas palabras: “Nuestros escritores se sirven de sus propias palabras como de una espada de dos filos, con la que pretenden herir a sus ignorantes adversarios. En realidad esta conducta no puede censurarse, puesto que al fin tratan de velar por la pureza de la más elevada de las filosofías. Pero nosotros no seguimos su procedimiento aunque se nos censure; bien o mal escribimos en inglés y pensamos que harto mejor es para nuestros fines pedagógicos, que acudir al griego como ellos, aun sin estar muy fuertes en el; nos da esto mucha menos ocasión de error”.

Espagnet sigue el mismo procedimiento. Recomienda a los estudiantes de la Naturaleza poca lectura y mucha meditación, esperándolo todo de la intuición. El lector debe dar rápidamente con el sentido oculto que el autor no hace más que insinuar, porque –añade– el pensamiento sólo vive en la obscuridad. Nunca están más lejos de decir la verdad los filósofos herméticos, como cuando hablan con claridad: cuanto más oscuros son sus conceptos, tanta más probabilidad existe de que en el fondo lata una enseñanza. La Verdad no puede ser dada al público, y hoy existe la misma razón para no hacerlo así que la que había para recomendar a los Apóstoles que no echasen las perlas a los cerdos.

Estos fragmentos que hemos citado de la literatura alquímica prueban lo que al principio se dijo. Ninguna de las escuelas de Adeptos, casi inabordables para los estudiantes occidentales, y aun más en Europa, ha publicado jamás ni una sola palabra de Ocultismo, ni mucho menos de Alquimia; los tratados que de una manera clara tratan esta ciencia como una de las físicas, no son dignos de mención, pues se ocupan de una cosa que no es Alquimia. Las obras que se deben a la pluma de algún Adepto antiguo o moderno, tienen en su fondo grandes enseñanzas seguramente, pero su lenguaje es totalmente incomprensible para aquellos que no sigan uno de esos senderos: únicamente aquel que va hacia el Verdadero Conocimiento, es capaz de empezar a descifrar su oscuro significado.

Comparando el intrincado estilo de los alquimistas orientales con el de los occidentales de la Edad Media, y con el diáfano de los escritores modernos, obtenemos dos conclusiones: primero, que éstos engañan a sus lectores y se engañan a sí mismos, que se

previenen contra el charlatanismo considerando sus propias falacias. Verdad es que se encuentran obras semimodernas escritas con gran método y precisión acerca de estas materias, pero en ellas no se ve más que la idea personal que el autor se forjó al considerarlas; no puede decirse de ellas que traten de Ocultismo. Creemos que Eliphas Levi ha avanzado más que nadie de Europa en 1889; pero después de leer y releer las obras del P. Luis Constant y meditarlas largamente, ¿sabemos algo de Ocultismo práctico o de Kábala? Su estilo es poético y ameno, sus paradojas (y cada frase es una) son una revelación completa del carácter francés, pero al final de la lectura de sus voluminosos tomos, no habremos obtenido más beneficio que aprender la lengua francesa, si en ella leímos; de Ocultismo nada. Conocemos algunos discípulos del abate francés: un inglés, un francés y un alemán, todos ellos hombres ilustrados, de voluntad firme y que han sacrificado muchos años al estudio de las Ciencias Ocultas. De uno de ellos, tomaba lecciones por correo una persona que mantuvo diez años su constancia, pagando 100 francos por cada carta. Al cabo de este tiempo, esta persona sabía de Magia y de Kábala tanto como un chela de diez años de edad de un astrólogo indo.

En la biblioteca de Adyar tenemos sus cartas de Magia y algunos volúmenes y manuscritos, escritos en francés y traducidos al inglés, y desafiamos a los admiradores de Eliphas Levi a que nos enseñen el medio de formar un ocultista simplemente teórico, siguiendo la enseñanza del mago francés.

¿Cuál es, pues, la causa del silencio de los Iniciados? Sencillamente porque *nunca tienen el derecho de iniciar a otro*. Los que saben alguna cosa de Ocultismo saben que decimos la verdad; de aquellos que no estén en esas condiciones, no nos pesará que nos contradigan. Las Ciencias Ocultas, o por mejor decir, la clave para descifrar el idioma en que están escritas, no puede publicarse; el Edipo que adivine el enigma propuesto por la Esfinge, habrá de hacerlo solo. Un rosacruz decía de un viejo adagio de los filósofos herméticos: “La Ciencia de los Dioses se domina por la violencia, puede ser conquistada, pero jamás será del que la pida”. Esto concuerda exactamente con las palabras de Pedro a Simón el Mago en los Hechos de los Apóstoles: “Piensa que el don de Dios no puede ser comprado”. La Sabiduría Oculta jamás podrá ser comprada con dinero para ser empleada en fines impuros; únicamente en casos de excepcional importancia, cuando quizá la vida de un pueblo entero esté amenazada, puede hacerse uso de los conocimientos ocultos; todo lo demás es Magia negra. Por esto, mientras dure nuestra Raza, no es posible divulgar ningún secreto de Alquimia; es demasiado grande la pasión reinante por el oro.

Se comprende fácilmente a los Adeptos como Paracelso y Roger Bacon. El primero fue uno de los grandes precursores de la química moderna, el segundo de la física, Roger Bacon es diáfano en su *Tratado de las admirables fuerzas del Arte y de la Naturaleza*. En esta obra encontramos el germen, el fundamento de lo que posteriormente han desarrollado las ciencias; habla del poder del cañón y predice el uso y aprovechamiento del vapor; describe la prensa hidráulica, la campana de buzo y el calidoscopio; profetiza la invención (le máquinas voladoras, de suerte que es fácil ver allí el globo moderno, movido por un ingenio a la manera de las alas de los pájaros. Defiende a los alquimistas con las siguientes palabras: “La razón que existe para mantener en el secreto la Sabiduría, es la general indiferencia con que la masa de todas las naciones mira aquellos conocimientos de los que no puede obtener una utilidad inmediata sin tratar de profundizar y extenderse en ellos;

pero cuando se les prueba su trascendental importancia y provecho, es tal el ansia con que se abalanzan a ello, que mucho de temer sería por la seguridad de los más si se dejase aprender a los no puros”. De aquí las precauciones puestas en juego por los alquimistas para enterrar sus enseñanzas bajo una incomprensible jerigonza, como por ejemplo, empleando únicamente consonantes o las primeras letras de cada palabra. Este género de criptografía fue usado por los judíos, caldeos, sirios, árabes y hasta los mismos griegos, y no es necesario ir muy lejos para hallar la prueba: los manuscritos hebreos del *Pentateuco* bastan si se les aplican los puntos masoréticos. No sucede lo mismo con los demás libros que tan celosamente conserva la Iglesia Católica. La clave kabalista, conocida de muy antiguo en Europa (la *verdadera* Kábala del Marqués de Mirville, el más piadoso autor católico hebreo), no sirve para confirmar el Nuevo y Viejo Testamento. Según los kabalistas modernos, el *Zohar* no es sino un libro de profecías modernas, *hecho especialmente para confirmar los dogmas de la Iglesia latina*, siendo la piedra angular del Evangelio; pero es menester considerar que, tanto en los Evangelios como en la Biblia, cada nombre es simbólico y cada historia, alegórica.

Para terminar, es conveniente hacer un resumen de lo enunciado.

No sé que efecto causarán las palabras dichas y los textos citados, pero de todos modos mucho era menester decir de *los maestros* al uso actual para poner en guardia a nuestros lectores contra sus muchas trapacerías y engaños que amenazan destruir la verdad.

Sin embargo, *Magna est veritas et prevalevit.*

I. La Alquimia vino a Europa desde China, y a causa del alejamiento de su origen, no era ya la pura Alquimia (y también Astrología) que se enseñaba en las escuelas de Thot Hermes de la primera dinastía.

II. El *Zohar* conocido en Europa no es el *Zohar* de Simón–ben–Jochai, sino una compilación de algunos pasajes de él y de algunas tradiciones, hecha por Moisés de León de Córdoba, en el siglo XIII, el cual, según Mosheim, ha seguido las interpretaciones de los gnósticos, cristianos de Caldea y Siria. Del verdadero *Zohar*, al que alude el libro caldeo de los Números, no quedan más que tres copias incompletas que poseen Iniciados rabinos. Uno de ellos vivió en Polonia y destruyó su ejemplar en 1817; el otro pertenecía a un rabí de Palestina que desapareció de Jaffa hace pocos años.

III. De los libros herméticos, sólo resta un fragmento conocido con el nombre de Tabla Esmeraldina, pues todos los demás que contenían doctrinas ocultas fueron quemados por orden del Emperador Diocleciano en el siglo III de nuestra Era. Los demás, incluso el *Pymander*, son trabajos de vaga reconstrucción de autores latinos y griegos.

Respecto de las obras de los Maestros de la Edad Media, ya hemos visto que se llevaron a la tumba la clave para su interpretación. Esta únicamente puede ser encontrada en Oriente.

Concluimos afirmando que la única clave del Esoterismo de la Sabiduría Antigua, está en que el hombre estudie por sí mismo las verdades primitivas.

